

1/18

A. 1134

C A R T A

DE UN SACERDOTE ANCIANO

A UN SOBRINO JÓVEN.



V A L E N C I A :

IMPRESA DE JOSEPH ESTÉVAN Y HERMANOS,

PLAZA DE SAN AGUSTIN.

Ayuntamiento de Madrid

ESTADO

DE UN SACERDOTE ANCIANO

A UN SOBRINO SUYO



VALLENCIA

IMPRESA DE JUAN BARRAL Y HERMANOS

1844

Ayuntamiento de Madrid



Si hubieses vivido en los siglos 12. y 13. tendríais que ir á los viages de ultramar con los Cruzados, para conquistar la Casa Santa: si en los 14. y 15. en romerías á Loreto y Santiago, hecho un peregrino de escavina, bordon, calabaza, y sombrero con escarapelas de conchas istriadas: si en el 16. ó buscarías plaza con un desfacedor de tuertos, ó entrarías contra sus Sanchos en las Comunidades, aprendiendo la Germanía, y siendo un matasiete; ó te verían las amélicas descaando oro mas que honra: en fin nacido en 17. ó 18. tomarías partido por Alemania, ó por Francia, en las guerras de sucesion. Hasta para buscar la muerte hay moda; y hora la preocupacion, hora la necesidad de ser envueltos en los grandes vórtices, nos arrastran á ella, sino como una peste, á lo menos como un contagio.

Pero habiendo salido al mundo en el año de 1790. tienes en este dia bastante instruccion, para que al volver los ojos á las inclinaciones de los jóvenes de aquellos siglos, no les compadezcas en sus trabajos vanos: mas si los diriges á los que te esperan en la escena que ves empezar, los preciarás sobre el oro y los diamantes, arrostrarás gustoso á ellos, y no habrá empresa que no acometas, ni peligro que no desprecies.

Y ¿por qué esta diferencia? tú lo conoces. En esta santa revolucion de España no hay vacio de juicio,

no se halla preocupacion, no es ella caprichosa, ó de moda; y por consiguiente no parecerá jamás ridícula, ni en todos los siglos futuros habrá crítico alguno que la censure de ligera, ni español que se arrepienta de ella, sino de tardía. Todo lo contrario: quando se vea consignada en los anales, quando las naciones (ya atónitas ahora) lean, y crean posible, esta resurreccion gloriosa, agotarán los elogios para ensalzar el honor de los Españoles; conocerán que no han degenerado en mas de dos siglos de mal gobierno, y diez y ocho años de respetuosa esclavitud; y los honrarán, y los temerán siempre.

Porque á la verdad ¿qué motivos podrian intervenir para arrojarnos á buscar la muerte, que cohonestasen la temeridad, sino el honor propio, y la libertad natural, la conciencia de la causa justa, el amor de nuestro Rey, y sobre todo el de Dios? Que otros estimularon á nuestros abuelos á salir de las cuevas de Asturias en pos del estandarte de la Cruz, para arrojar y exterminar en pocos meses á los enemigos de ella, desde el nacimiento del *Diva* hasta la márgen del *Eo*, y desde Gijon á Astorga? Y qué otras empujaron á todas las provincias de la península á hacerles repasar la mar, y tornarse á la África de donde salieron como enxambres? Aquella restauracion corre de siglo en siglo desde el 8. al 19. y de generacion en generacion desde los Pelayos y Alfonsos hasta los Fernandos y Napoleones, con la divisa de honorable, heroica, milagrosa.

Pero ¿qué tiene que ver con estotra, si exceptúas la Cava y el Conde, que no faltaron en ella? Aquella duró siete siglos; ésta no durará siete meses: allí

habia Rey, centro y alma del pueblo; aquí ni Rey, ni Caudillo, y solo un nombre escrito en los corazones: entonces no se descubrió ya mas traydor á su Patria; ahora dice Le-Febré á Verthier, que abundan aquí, hasta punto de confiar en ellos su victoria: los árabes hicieron muchos y grandes beneficios á España, de que están llenos los libros; los franceses ninguno, antes muchos y grandes males: los africanos nos dexaban en la esclavitud el consuelo, el único consuelo de las almas atribuladas, la sacrosanta religion católica, y el culto Divino; los franceses, que nos llaman *supersticiosos*, pretenden hacer nuestra felicidad, quitándonos primero estos dones de Dios: los moros estaban tenidos por bárbaros; los franceses por mas ilustrados y sabios que nosotros: los Sarracenos entraron á guerra abierta desde el momento mismo que pisaron la costa del Betis, y traxeron gente, caudales, armas, naves, víveres, y quanto necesitaban para su repentina y declarada conquista; los franceses, habiéndola meditado en silencio muchos años, nos robaron el dinero, só color de subsidio; transportaron á Dinamarca y Suecia nuestras mejores tropas, con pretexto de auxiliares aliados, para evitar la segunda irrupcion de Godos, como si ella no fuese mejor que de franceses; se apoderaron de nuestras fortalezas con la mas pérfida intencion, se hacen mantener en ellas á costa de nuestro sudor, y en pago nos dan la muerte.

Y dime ahora ¿atreverse, solamente atreverse, nuestra nacion á sacar la cabeza de debaxo los pies de estos opresores, no es un valor sin exemplo? ¿Y sacudir las esposas, para darles de bofetadas á manos libres; quitarse los grillos, para correr como el viento

desde Oviedo á Valencia, y de Cádiz á Gerona, hollando y envileciendo á los vencedores de Marengo, Austerlitz y Jena, á cuyo aspecto rindió la cerviz toda la Europa, prevenida 19. años contra ellos, no es para la historia de los siglos un fenómeno inexplicable, un misterio que no se comprende sin buscar su origen en el cielo, y una accion que ni tuvo hasta ahora, ni tendrá jamás, otra igual con que compararse?

Los Numantinos, los de Sagunto, los Cantabros los Astures, atemorizaron en diversos tiempos á los señores del mundo: nadie puede negar estos hechos asombrosos; pero ninguno de ellos tuvo los motivos y los objetos tan dignos que tenemos nosotros. El Dios de los ejércitos, que ahora va con nosotros, estaba lejos de ellos: ninguna remuneracion esperaban con certidumbre en esta vida ni en la otra; servir á gente extraña, pero moderada, atenta con sus aliados, no era lo mismo que sujetarse á los franceses. Tal vez damos honores de virtud á la temeridad y á la desesperacion.

No así hoy los mismos pueblos: menos feroces si, pero animados de mejor espíritu (conocido y loado de todas las naciones, y hasta de la inmortal y escandalosa francia) se apresuran á encender el fuego que ocultaron mientras su captiverio político: le hallan inextinguible; y se electrizan todos. Pobre de mí, que, aunque abrasado de él, no puedo por mi carácter, y por mi abanzada edad concurrir con ellos en sus falanges! Despues de una vida trabajosa no tendré el consuelo de morir al lado de los vengadores de la casa de Dios; y si sobrevivo á la victoria, será para morir luego de zelos de ellos, ó de la vehemente alegría de nuestro bien.



Mas tu templas mis temores, y apoyas mis esperanzas. Sin decirte mis sentimientos, sales al encuentro de mis deseos; y á tantos motivos de tomar las armas añades el de darme el mayor gusto que puedes. Vé pues, corre, vuela, á emplear tu juventud en el mejor de los oficios y ministerios. No temas; ¿qué podrá ser de mal? tu muerte? No por cierto. Soy tu padre, y lejos de llorarla, te tendré una santa envidia por tu muerte, preciosa delante de Dios y de los hombres; tu familia quedará ufana, y juntará esta hazaña á sus blasones: todos te bendecirán, porque has preferido la muerte honrada á la vida vergonzosa. Pero si sobrevives á las batallas en que hayas hecho tu deber ¡qué gloria! qué vida envidiable! que satisfacciones en toda ella. En la mocedad, rodeado de dignos y leales compañeros, entrarás en los estrados de las damas, que ya te hacen hilas y vendas, y despues escarapelas y guirnaldas; y oirás que unas á otras dicen, señalándote „Este es el bravo, que en 17. años de edad se atrevió á igualarse á los de 35.“ En tu vejez contarás á mil y mil jóvenes en torno de tí los motivos de esta revolucion, los medios y fin de ella: tendrás un lugar distinguido en las asambleas civiles, en que tu voto será escuchado como de un hombre de bien; y los Gobernadores, los Generales y los Obispos, lejos de desdeñarse de tus homenages, te acariciarán, te dirigirán la palabra en medio de la corte mas respetable, y confiarán de ti sus negocios y su corazon.

¿Y nada para el estado eclesiástico, del qual has recibido tantos beneficios? Ah! yo sé quanto lo has de estimar, reverenciar y defender. Ningún otro vendrá de campaña mas exênto que tu, aunque rapaz, de

las máximas francesas contra los ministros del altar; porque sabes que el gran Campomanes tenia averiguado que nuestro Clero mantenía quince mil sobrinos en el ejército de Carlos III. y dexando á parte los inmensos subsidios que siempre dió para él; los hospitales, casas de expósitos, de correccion, de misericordia, de hospicio, calamidades públicas, pueblos enteros, que mantiene con sus quantiosas limosnas; me señalarán un momento solo de necesidad comun ni particular, en que el estado eclesiástico haya perdido la energía de su socorro? ¿Hoy mismo, despues de expilado por un primer ministro y un secretario, criado suyo, (que no mereciera nacer allí donde envió preso y pensó apagar el farol de España) hoy mismo con lo poco que le han dexado, y eso en grandes dificultades de cobrarse, no hace los mayores sacrificios de ello, y con ello, con la palabra y con la obra, no va siempre con vosotros, sea ó no sea, la guerra de religion?

Hazte pues un héroe militar, y colmarás tus deseos, los míos, y los de tu patria. Acomete á los esclavos de Bonaparte, véncelos y persíguelos, hasta que nos restituyan á nuestros Príncipes. Y si tanto no puedes, pelea contra el ladron, diciéndole al mismo tiempo

*Aut mihi redde meos: aut me quoque conde sepulchro.*

Tarragona 6. de Julio de 1808.

Imprímase.

Así lo acordó la Ilustre Junta de Gobierno.

*Francisco Salas, Secretario.*